



JACHXATAÑA

La Llorona

*Versión Leyenda recopilada por
Prof. Rafael Stahlschmidt Laulhé*

La leyenda de La Llorona es muy antigua en Hispanoamérica, precolonial. No se conocen sus orígenes, pero es de las leyendas que más conocidas se hicieron en casi todo el continente, como que aún hoy todavía hay relatos sobre ella.

Se trata en el fondo, de una figura fantasmal del folklore hispanoamericano que, según la tradición oral, se presenta como el alma en pena de una mujer que asesinó o perdió a sus hijos, y que los busca incesantemente a estos en vano y con su sobrecogedor llanto sobrecogedor, asusta a quienes la ven u oyen.

Los seres fantasmales que lloran se caracterizan en la mitología aborígen de los pueblos prehispánicos. Pueden encontrarse estos espectros en varias de las culturas precolombinas, que con la llegada de los conquistadores españoles, fueron fusionándose.

Investigadores mexicanos creen que la Llorona, es un personaje mitológico, y su origen se remonta a deidades prehispánicas como Auicanime, Xonaxi, Queculla, etc. Siempre se la identifica con el hambre, la muerte, el pecado y la lujuria, y algunos como una diosa con un espíritu malo y la forma de una hermosa mujer con la espalda deformada, que cuando atrae a los hombres, al abrazarla los vuelve locos y los mata.

En tanto para otros, es una deidad de la muerte y de la lujuria que aparece en algunas representaciones con los brazos descarnados. Atractiva, se aparece a los hombres los seduce para después transformarse en esqueleto y llevarse el espíritu de sus víctimas a lo oculto. Lo mismo era llamada Auicanime considerada como la diosa del hambre (su nombre traducido como *Sedienta* o la *Necesitada*). También era la diosa de las mujeres que morían al dar a luz en su primer parto, las cuales, según la creencia, se volvían guerreras, lo que las convertía en divinidades y, por ende, en objetos de adoración y ofrenda.

Finalmente para los mexicas, era la diosa de la tierra, de la fertilidad y de los partos, además de mujer guerrera y madre de los aztecas, incas y mayas. Otra de las versiones de apariciones aduce que sería mitad mujer y mitad serpiente, la diosa que emerge, según la leyenda, de las aguas del lago de Texcoco, en el lago Titicaca, y en los diferentes lagos desparramados por la

Iberoamérica, para llorar a sus hijos (los aztecas, mayas e incas, se consideraban sus hijos), y según ellos sería la que les advirtió la llegada de los conquistadores.

Muestra aspectos característicos: los gritos, lamentos y llantos por la noche y ser la patrona de las mujeres que de noche vocean y braman en el aire, muertas en parto que bajan a la tierra en ciertos días dedicados a ellas en el calendario con el fin de espantar en las encrucijadas de los caminos y que son fatales para los niños.

Esta abundancia de misteriosas diosas conectadas con cultos fálicos y de la vida sexual fue génesis no solo de la Llorona, sino también de otros fantasmas femeninos que castigan a los hombres, como la Siguanaba, la Cegua o la Sucia.

A la presencia de estos antecedentes mitológicos entre los pueblos precolombinos de Mesoamérica se suma la contribución española para establecer el mito como tal. Es durante la colonia española en América cuando el mito de la Llorona toma forma. A la vez diosa y demonio, nadie, en el mundo colonial podía resistir su aparición ni su llanto de ultratumba, ni siquiera los conquistadores, quienes a causa del espanto incluso instituyeron un toque de queda a las once de la noche, pues pasada esa hora comenzaban a escucharse los gemidos aterradores de una mujer espectral por sus alrededores.

Su visión garantiza la muerte o la locura (en similar forma a la de las deidades prehispánicas antes descritas) para quienes intentan averiguar el origen de aquel lastimero gemido. Para los habitantes, aborígenes, criollos, españoles, la diosa prehispánica toma la forma de una mujer de flotante vestido blanco, con la cara cubierta por un velo cubriendo el aterrador rostro de la angustia, que se la ve cruzando a velocidad por las empedradas callejuelas y plazas de la ciudad lanzando un estremecedor grito.

La Llorona es también uno de los primeros signos del mestizaje, pues es durante este período cuando se identifica en México a este fantasmagórico personaje con doña Marina, la Malinche, que vuelve arrepentida a llorar su desgracia, su traición a su pueblo indígena y su relación con Hernán Cortés, como parte de la leyenda negra 'de estos personajes. De aquí parecen venir muchas de las versiones que señalan a la Llorona como la protagonista de una trágica historia de amor y traición entre la mujer indígena (o mestiza o criolla) y su amante español, lo que finalmente la lleva al infanticidio como una manifestación del deseo de castigar al hombre en la forma del amante, en unas versiones, o del padre de la mujer, en otras, para lo cual usa al niño como el instrumento de la venganza por ser este la prueba de la deshonra, pero también, de alguna forma, como una manera de castigarse a sí misma por su debilidad.

La creación del mito de la Llorona entre los pueblos hispanoamericanos tiene elementos de otras fuentes mitológicas de las culturas aborígenes precolombinas diferentes de las civilizaciones mesoamericanas. En Centroamérica, entre los bribis, pueblo indígena de la región de Talamanca, entre las actuales Costa Rica y Panamá (zona de influencia del área intermedia entre Mesoamérica y las culturas sudamericanas), existen historias de ancestrales espíritus llamados «itsö», con aspecto de mujer y cuerpo de gallina que habitan en las grutas y en los

cauces de los ríos y que lanzan lastimeros gritos cuando un niño está a punto de morir, o bien que pierden a los niños en los bosques cuando estos se alejan de sus padres.

En el idioma bribri, la palabra 'itsö' significa tanto 'llorona' como 'tulevieja'. De ahí que haya similitudes entre las leyendas que se cuentan en Costa Rica y Panamá para estos dos fantasmas (básicamente una mujer que mata a su hijo fruto de un embarazo no deseado y que por ello queda condenada a vagar como un fantasma). Al ser una zona de transición entre Mesoamérica y Sudamérica, en las versiones de la leyenda de la Llorona en esta parte de Centroamérica se empiezan a observar algunos rasgos característicos que la diferencian de la versión mexicana.

La Llorona en Mesoamérica es una deidad primigenia vinculada al parto y a la vida sexual que, por la influencia española, adquiere la forma de un espectro castigador, en gran manera asociado a la ciudad, pero en el Suwoh (la cosmogonía indígena transmitida por tradición oral entre los bribri) más bien tiene fuerte vinculación con las fuerzas de la naturaleza y la vida rural, por lo que el fantasma solamente puede ser visto (muchas veces únicamente oído su lamento) cerca de masas de agua como ríos, lagos y cataratas, generalmente en pueblos poco poblados, por lo que es un fantasma más asociado al campo.

Su función castigadora, además, se ve un poco más atenuada que en la versión mexicana (aunque siempre presente, como en algunas versiones de la Tulevieja o la Tepesa) y limita al espectro a espantar a los viandantes en lugar de asesinarlos, aunque se refuerza otro aspecto quizá aún más aterrador: el rapto de los niños, que puede observarse en variantes del cuento de la Tulevieja en Costa Rica y Panamá, en las leyendas de los duendes en Costa Rica y en algunas versiones de la leyenda de la Llorona en Colombia.

En Sudamérica, finalmente, existen algunas leyendas precolombinas que fueron asociadas con la de la Llorona mexicana una vez establecido el dominio hispano sobre el continente, pero que no tienen, exactamente, un origen común con esta, a pesar de que existan aspectos muy similares. Pueden encontrarse trazos similares en la leyenda del Ayaymama de la mitología amazónica peruana y en las leyendas guaraníes del Itá Guaymí, el Urutaú o el Guemi-cue. Destaca entre estas leyendas la historia de la Pucullén perteneciente al folklore chileno. Mientras que la Llorona mesoamericana es castigada por haber asesinado a sus hijos, los de la Pucullén han sido raptados y asesinados por terceros, lo que convierte a esta en una víctima inocente de la maldad ajena, por lo que llora eternamente. Relacionada igualmente con la muerte, al igual que la Llorona mesoamericana, la Pucullén es, más que un demonio castigador, una guía para los que van a morir, a quienes ampara en su paso al más allá.

Además, su oralidad se transmitió por toda la América Prehispánica, pero en Argentina (ya postcolonial), se utilizó mucho como lloronas de alquiler en los velorios, en especial de los angelitos.

En todos los rincones de la Hispanoamérica, la llorona es un ser mitológico, de terror, mala, diabólica, puede que tenga bondades, todo según los cambios orales de la leyenda, pero en la zona argentina, dicen los habitantes, se aparecía como fantasma en los velorios de los angelitos,

y se los llevaba, entonces como una forma de evitarla, que no se acercara al velorio, se contrataban a mujeres que lloraban al lado del niño muerto, hasta que se lo sepultaba, como una forma de impedir que se acercara.

Pero, mientras las "lloronas" hacen su trabajo, La Llorona da vueltas por lugares cercanos al velorio del angelito, emitiendo estremecedores lamentos que enloquecen incluso a los perros, y cuentan los paisanos que cuando están en plena fiesta, entre baile y baile, se detienen espantados por esos agudos lamentos, y se toman de sus caballos porque dicen que ella los abraza y los mata para que nadie pueda escapar.

Es considerada un espíritu de malos presagios. Puede causar enfermedades a las personas, empeorar la condición de quienes ya están enfermos o traer desgracias a los seres queridos. En otros relatos se presenta como una mujer inofensiva que necesita consuelo y ayuda, por lo que despierta la piedad de la víctima, pero, cuando esta se acerca a consolarla, le roba todas sus pertenencias.

